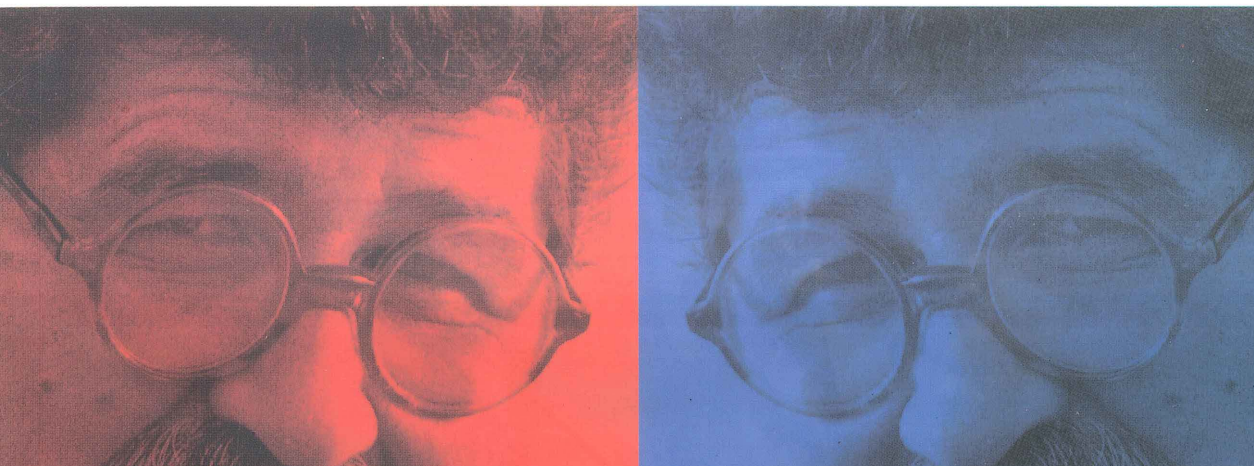


César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



## Capítulo 7

# LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

*Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)*

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)  
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia  
Universidad Católica del Perú  
Plaza Francia N° 1164, Lima 1  
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411  
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri  
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen  
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo  
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

*Derechos reservados*

ISBN: 9972-42-579-7

Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

# Valoración de Alfredo Bryce

Ricardo González Vigil  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*

La lectura del nuevo libro de Alfredo Bryce Echenique, titulado *Magdalena peruana y otros cuentos*, nos ofrece una ocasión más para apreciar su talento desusado.

Definitivamente, nos ubicamos entre los que juzgan a Bryce el más grande narrador peruano surgido en el *marco generacional* de fines de los años 60 (con una fecha privilegiada en acontecimientos políticos y editoriales: 1968). Y, en esa condición, uno de los mejores autores hispanoamericanos posteriores al *boom*.

Lo acreditan como tal sus méritos de novelista, sobresalientes ya en *Un mundo para Julius* (1970), disminuidos alarmantemente en *Tantas veces Pedro* (1977), desplegados con enorme creatividad en *Cuaderno de navegación en un sillón Voltaire*, díptico integrado por *La vida exagerada de Martín Romaña* (1981) y *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* (1985). De hecho, luego de nuestros mayores novelistas (en orden cronológico, Alegría, Arguedas y Vargas Llosa) no dudamos en situar a Bryce, antes que al cada vez más reconocido —lo cual nos place, aclaramos, aunque intervengan más consideraciones ideológicas que estéticas en esta valoración— Manuel Scorza, o cualquier otro novelista peruano de interés.

Y lo acreditan también sus dotes de cuentista, ampliamente demostradas en *Huerto cerrado* (1968), *La felicidad, ja, ja* (1974) y ahora, *Magdalena peruana y otros cuentos*. Tal vez porque resulta mayor el número de cuentistas peruanos dignos de consideración (y hallamos varios pertenecientes al marco generacional de fines del 60, como mostramos en nuestra antología *El cuento peruano 1968-1974*) que el de novelistas, suele olvidarse el aporte de Bryce en el relato corto, siendo este superior (visto como conjunto, porque en sus cuentos mejores Arguedas nos deslumbra más, y Alegría y Vargas Llosa po-

seen dos o tres de poderosa factura) que el de los otros novelistas peruanos descollantes.

Hacemos hincapié en la talla de Bryce, porque en nuestro medio han sido difundidas varias opiniones adversas a sus novelas recientes, como si lo único valioso de Bryce fuera *Un mundo para Julius* y algunos cuentos de *Huerto cerrado* y *La felicidad, ja, ja*.

Se impone una revisión ponderada, un balance de la cuestión. Por un lado, tenemos las objeciones ideológicas, esgrimidas ya cuando el gran éxito de *Un mundo para Julius*. Puede consultarse el libro de Alejandro Losada *Creación y praxis*, que en 1976, a contrapelo de la valoración imperante (favorable a Bryce, contraria a Scorza), se apoya en una óptica ideológica para *frivolizar* la narrativa burguesa de Bryce y magnificar el proyecto *épico* y revolucionario de Scorza.

Las propias declaraciones y entrevistas de Bryce, y el inteligente artículo de Grazia Sanguineti de Ferrero (en 1982, en *Revista de la Universidad Católica*) prueban cómo la obra de Bryce retrata críticamente a la alta burguesía, cómo el corazón del autor no puede estar si no en la izquierda. Es decir, Bryce es un burgués por su extracción social, el que mejor conoce en nuestras letras las altas esferas sociales; pero padece *marginalidad* frente a la burguesía (también a la aristocracia europea) y a los *revolucionarios de café*, como señalamos al comentar *La vida exagerada de Martín Romaña* y *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*.

La agudeza crítica de Bryce frente a «todas las barreras culturales, raciales, estúpidas, imbéciles» (p. 41) puede constatarse en varias narraciones de *Magdalena peruana*, en especial, «Anorexia y tijerita», donde dinamita el estereotipo sobre la clase *ínfima*; «En ausencia de los dioses», donde condena la segregación racial; «Una carta a Martín Romaña», donde ridiculiza la política nacional; «El Papa Guido Sin Número», donde consagra la rebelión desestabilizadora de los valores que educan para «un brillante porvenir»; y «Una tajada de vida», donde constata el desprecio francés al latinoamericano afín al que el burgués limeño dedica al «auquénido» serrano.

Por otro lado, tenemos las objeciones artísticas, las que señalan los defectos estilísticos de Bryce, falta de contención expresiva que lo hace prolongar inútilmente la situación narrativa, y crear en una prosa desatada hasta el desaliño; repetición continua de las mismas palabras, frases e imágenes; en fin, verbalismo que vacía de expresividad su lenguaje, y resta fuerza fictiva a las situaciones *exageradas* que va urdiendo.

Ya algunos criticaron la prolongación desmesurada de la parte final de *Un mundo para Julius*. Pero, fue José Miguel Oviedo quien, reseñando *La felicidad, ja, ja* consigna por primera vez con nitidez el riesgo de la *facilidad* en el estilo improvisado, fluido, desatado de Bryce.

La verdad es que *Tantas veces Pedro* justifica el alerta lanzado por Oviedo, pero no las novelas siguientes (aunque así lo estimen Abelardo Oquendo y otros comentaristas, en oposición a la gran acogida que estas novelas han tenido en España y en diversos países hispanoamericanos) y *Magdalena peruana*.

No pretendemos negar las deficiencias formales de la prosa de Bryce, ni ocultar que *Tantas veces Pedro* y algunos cuentos de *La felicidad, ja, ja* y *Magdalena peruana* no consiguen cuajar a cabalidad. Con más lucidez que sus detractores, el propio Bryce ha confesado varias veces su gula y lujuria verbales, su falta de rigor y control; véase al respecto su excelente artículo sobre el artífice impecable Vargas Llosa, «Retrato del artista por un adolescente».

Sin embargo, debemos considerar lo siguiente:

(1) Hay otra cualidad literaria tan importante o más que la perfección verbal, y Bryce la posee en grado apreciable, compensando su desaliño formal. Esa cualidad consiste en el don de crear personajes y tramas que simbolizan aspectos fundamentales de una sociedad y una época, y aun de la condición humana en general.

Vale la pena recordar cómo Hemingway (partidario de la *economía* formal y el esmero artístico) quedaba estupefacto ante el genial Dostoievski: «No acabo de entenderlo. ¿Cómo puede escribir tan mal, tan increíblemente mal, y hacernos sentir tan hondamente?» (*París era una fiesta*). Por esa ruta el reputado crítico Edmund Wilson (admirador del «estilo» de Hemingway) llegó a la aberración de no gustar de Kafka.

Borges entendió muy bien el problema; el genial argentino, encarnando como pocos en nuestro siglo el virtuosismo artístico, apreciaba el don de acuñar símbolos universales. Entre la perfección de Quevedo y la hondura simbólica del *Quijote* (obra a la que, afirma, se le pueden suprimir o corregir pasajes diversos), escogía a Cervantes. Claro, el ideal literario residiría en unir ambas cosas, como lo hace Dante en *La divina comedia*.

(2) En el caso de los cuentos de *Magdalena peruana*, Bryce ha sabido sacar partido artístico de su complacencia en la repetición de palabras, frases e imágenes. En esto radica, a nuestro juicio, la mayor contribución de *Magdalena peruana*, ya que siempre (desde *Huerto ce-*

rrado) Bryce poseyó un universo propio en lo relativo a temas, personajes y cosmovisión, sin embargo, ahora nos encontramos ante una manera *bryceana* de resolver la armazón narrativa, manera que se perfilaba en sus narraciones anteriores, y que ha madurado en *Magdalena peruana*, especialmente en los logrados cuentos «Anorexia y tijerita», «El Papa Guido sin número», «A veces te quiero mucho siempre» y «Apples».

Llamamos *manera bryceana* al diseño pautado por frases e imágenes que se repiten, erigiendo un orbe verbal de gran solidez concéntrica y coherencia interna. Nótese que esa armazón rige en la poesía (la destaca Roman Jakobson), el discurso onírico y el habla obsesiva de apasionados, ebrios o dementes. Y algo de todas estas vetas nutre la prosa exagerada de Bryce.

Apostilla proustiana: El *loco marcelprousteo* de Martín Romaña desencadenó una memorable variante del *lado Swann* (la Inés progresista y luego burguesa podrida de *La vida exagerada de Martín Romaña*) y el *lado Guermantes* (la Octavia aristocrática de *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*). Esta vez, la *fijación proustiana* de Bryce (alimentada desde su niñez, por su madre) lo lleva a citar a Proust —acierto grande— en el texto que caracteriza su vocación: «mi propia creación literaria de mi vida». Lamentablemente lo conduce también a una grotesca variante del olor de la Magdalena inmortalizada por Proust; ahí cabe el dicho —tan desagradable por prejuicioso— según el cual no es lo mismo un desnudo griego que un cholo calato. (Compárese con el acierto de la variante de Lezama Lima en *Paradiso*).

[*El Comercio* «Suplemento Dominical», Lima, 14 de diciembre de 1986:19]